

Mr. Juan Tulpinck, alumno del Instituto electro-técnico Montefiore, agregado a la Universidad de Lieja, ha inventado un bastón eléctrico del cual la prensa europea se ha ocupado recientemente con bastante minuciosidad.

El mencionado bastón constituye un arma de nueva especie, porque con ella puede uno defenderse sin herir ni matar al adversario.

Ya se trate del junco del gomo-so, de la elegante sombrilla de señoritas o del látigo del coche-ro, el nuevo invento posee la misma eficacia: paraliza la acción, sorprende y asusta a la persona a quien con él se toca.

Una leve presión en un resorte, basta para que la electricidad cuya pila se halla aculta en el puño, recorra el hilo arrollado en el bastón y se desprenda por medio de descargas sucesivas y repetidas a voluntad.

A cada presión, el portador, aislado del fluido, puede ocasionar a la persona a quien toca, una conmoción, una sacudida que la paraliza momentáneamente. El arma no falla jamás y siempre es seguro su efecto. Pero, como hemos dicho, nunca hiere ni mata, éste es el aspecto humanitario del invento.

En adelante, los transnochados podrán regresar tranquilamente a sus casas, en la seguridad de aterrizar con su bastón diez agresores a la vez.

En las cárceles y manicomios no habrá necesidad de camisas de fuerza, ni de medidas violentas, todo se resolverá por medio de bastones eléctricos.

No obstante, el invento de Mr. Tulpinck ofrece un inconveniente grave.

El arma referida será tan útil como se quiera, manejada por uno solo.

Pero ¿qué sucederá cuando resulte que el agredido va provisto de otro bastón del mismo género?...

EL AIRE DE LONDRES

"El aire que respiran los habitantes de Londres es negro a fuerza de ser impuro" —nos cuenta el Representante de Manila, Arsenio Lacson, que acaba de regresar de un viaje alrededor del mundo. Haciendo un resumen de sus impresiones en aquella capital dice:

Diariamente consume la metrópoli 30,000 toneladas de carbón, cuyos gases y vapores quedan sus-



pendidos en la atmósfera. Sus célebres nieblas son negras porque el humo entra por un 80 por ciento en su composición. En la Cámara hay aparatos para que todo el aire del exterior entre filtrando, a cuyo fin se obliga a las corrientes a pasar por capas sucesivas de algodón y lana. Con una sola noche de filtración la lana y el algodón se ponen negros. A consecuencia de esto, un higienista ha dado la voz de alarma. Periódicos y revistas se han ocupado en tal asunto y al instante ha surgido un proyecto gigantesco.

No pudiendo filtrar toda la atmósfera de Londres, se piensa en traer allá aire del mar. Junto a las playas de Brighton se colocarán grandes bocas de tubería con poderosas bombas de absorción. En tubería el aire del mar iría a Londres, donde en cada calle habría bombas para saturar la atmósfera de aire puro. En las casas se adoptaría igual sistema, y cada cuarto contaría con su correspondiente conducción de aire del mar.

Si tal pensamiento se lleva a cabo, ningún londinense alquilará un piso sin informarse si dispone de aires marinos.

Pero... lo malo es que el plan, concebido hace ya bastante tiempo, está resultando sólo un sueño juliovernesco.

ESPELUZNANTES ENTIERROS

Entre muchos persas se conservan todavía las costumbres seguidas por sus mayores en el entierro de los muertos.

A las personas que llegan a una extrema vejez no las dejan

morir de una muerte natural. Las llevan a lo más intrincado de una sierra, donde las meten en unas grutas construidas de tal suerte que los desgraciados viejos quedan de pie y sin otra provisión que la de aire. Los dejan así y así mueren; y como el viento corre allí con fuerza, las va secando la humedad.

De esta manera se conservan muchos años sin descomponerse. Los amigos y parientes de estos muertos van a visitarlos con frecuencia, y arrojan sobre ellos hierbas y flores odoríferas en prueba del concepto en que tienen a los que mueren de esta manera.

Con las personas que fallecen antes de llegar a la vejez, emplean un procedimiento muy distinto. Como dudan de su salvación eterna, hacen la siguiente prueba para conocer la suerte del difunto.

Le montan bien sujeto con cuerdas en un borrico, le atan a la cabeza un vaso de ancha boca lleno de suero y le untan con él todo el rostro especialmente los ojos: hecho esto, descargan unos cuantos latigazos sobre el jumento y le hacen correr por los campos.

Los cuervos, que saben por la costumbre lo que estas carreras significan, descienden en inmensa bandada y empiezan a picotear en el suero que cubre el rostro del muerto.

Los espectadores siguen con curiosidad los movimientos de los cuervos. Si pican en el ojo derecho del muerto, éste se ha salvado, pero si es en el izquierdo, está condenado.

MARTIR DE LA CONFESIÓN

El sacristán de la pequeña pa-

rrouquia de Sokolsky, en Rusia, en el delirio de una pasión culpable, cometió un homicidio, sirviéndose de un revólver perteneciente a su Cura, el cual ocultó después de cometida su fechoría detrás del altar. Luego, arrepenido de su culpa, se apresuró a confesar su crimen al digno sacerdote.

Días después habiéndose descubierto el homicidio, empezaron las pesquisas en la iglesia misma, y el revólver fue hallado detrás del altar. Interpelado el sacerdote, dijo que era inocente, pero se guardó bien de hacer la menor indicación del secreto que le había sido revelado en el sagrado tribunal de la penitencia.

Los agentes rusos, siempre hostiles respecto a los sacerdotes católicos, lo acusaron del crimen cometido, y el destierro a Siberia fue pronunciado, hace veinte años exactamente, en este mes de Diciembre. Y el cura fue a la Siberia, y el sacristancillo quedóse tan fresco sin causar la menor sospecha.

Pero... la verdad que, tarde temprano siempre triunfa, había de conocerse... Y así fue!

Hace poco, un moribundo ruso, devorado por los remordimientos de conciencia, haciendo reunir cerca del lecho de su agonía a todos sus parientes, sus amigos, el sacerdote que había sustituido al anterior, y a los notables de su aldea, y cuando todos estaban ya presentes, comenzó a descorrer el velo que por tantos años ocultara al verdadero autor del crimen de veinte años atrás y por el cual un anciano sacerdote se hallaba aún penando en la Siberia.

Confesando estar lleno de remordimientos en aquel trágico momento en que se disponía a comparecer ante Dios, pidió con instancia que la justicia se informase de todo aquella confesión pública, y se hiciese venir de la Siberia a la santa y noble víctima del secreto de la Confesión. Poco después, el desgraciado moría implorando el perdón de Dios y de los hombres.

Se mandó a Siberia inmediatamente la orden de libertad para el Cura condenado injustamente, pero era demasiado tarde: acababa de espirar también hacía sólo unos días, a consecuencia de los malos tratamientos y de las privaciones de su largo destierro; pero, el cielo contaba con un santo más y la tierra con un nuevo testimonio del irrevocable secreto de la Confesión.

SE PRECISAN AGENTES DE ANUNCIOS. MAGNIFICA RETRIBUCIÓN. Azcárraga 2109. Tel. 3-31-37.